

Al publicar en el número anterior de "3R" nuestro comentario titulado "La clemencia del sátrapa", en el que tuvimos que referirnos a la actitud de los dirigentes del P.C.E. ante la conmutación de las penas de muerte dictadas por el tribunal militar de Burgos, sólo conocíamos el comunicado hecho sobre el caso por el Comité Ejecutivo de ese partido. Posteriormente hemos leído el texto de un discurso de Carrillo, secretario general, en el que dió a conocer lo que él llamó "los análisis del C.E. del P.C.E. sobre los acontecimientos ocurridos en torno al proceso contra los camaradas de ETA en Burgos". Leyendo ese texto hemos reconfirmado lo muy acertados que estábamos al valorar y señalar, basándonos únicamente en el comunicado citado, cuánto hay de antirrevolucionario en la política de ese grupo pseudo comunista. El orador, "ideólogo" supremo de la antiviolen-
cia, se superó a sí mismo, lo que es fenomenal teniendo en cuenta lo que ha dicho y escrito hasta ahora para explicar y popularizar las aberraciones políticas de su partido. En efecto, a impulsos de un tremendo delirio antirrevolucionario hizo partícipes a cuántos le escucharon de los análisis a que se habían entregado él y sus colegas y dió a conocer los resultados. No hace falta decir que tales análisis y resultados son, naturalmente, diametralmente opuestos a los nuestros.

No vamos a repetir aquí lo que hemos escrito en los últimos números de "3R", desde el 99 hasta el 104, sobre el consejo de guerra de Burgos y sobre los tan importantes y trascendentales acontecimientos que en España y en el extranjero se han sucedido desde el principio hasta el fin en torno al mencionado consejo de guerra. Pero es obligado que hagamos algunas apostillas a lo dicho por Carrillo, ese afanoso enterrador de todo lo que huele a revolucionario.

La frase clave del discurso de Carrillo fué : "Ha llegado el momento de no retrasar más el pacto para la libertad". Como dentro del P.C.E. le es imposible a todo militante retener a Carrillo en su ya tan larga y seguramente inacabable marcha hacia tal "pacto" y como entré las agrupaciones políticas o de carácter sindical, más o menos ficticias, organizadas o influenciadas por gentes que complimentan ciegamente las consignas no hay tampoco quien pueda oponerse eficazmente a su realización, es claro que lo de "no retrasar más" el "pacto para la libertad" se lo dice Carrillo a los personajes y agrupaciones derechistas con las que está empeñado en llegar a pactar. El hombre mete prisa a los elementos conservadores, reaccionarios, remarcables "ex" fascistas de vieja estirpe, conciencuda y bien determinadamente contrarrevolucionarios, a los que él califica de "derecha moderada" (Conde de Motrico), o de "monárquicos anti absolutistas o liberales" (Satrústegui), o de "cristianos de izquierda" (Ruiz Jiménez), o de simples "demócratas-cristianos" (Gil Robles), o de "burguesía nacional" o "antimonopolista" (Prados Arrarte), o de "socialistas" (Tierno Galvan), etc., etc. Pero no se para ahí. En el cuadro de honor de elementos así, con los que él dice y al parecer cree que se puede llegar al "pacto para la libertad" ha colocado ya a otros personajes, sobre todo militares. El alma se le va a Carrillo tras el teniente general Garcia Valiño, viejo, risible y reaccionario conspirador de pacotilla; tras el teniente general Díez Alegría, al que ahora se le otorgan inclinaciones liberaloides, y tras otros altos mandos militares por el estilo con los que Carrillo dice que "sus diferencias con los comunistas son bastante menos grandes de lo que a simple vista aparece". A unos y a otros, ci-

viles y militares, a todos ellos y a otros muchos mas, les azuza Carrillo para que se decidan, sin esperar más, a aceptar la amalgama con los comunistas y otros "izquierdistas" en un "pacto para la libertad". A cambio les ofrece no pocos gajes.

Entre los gajes más importantes está el de que el P.C.E. seguirá haciendo lo imposible para canalizar el movimiento popular de masas, la lucha de obreros y estudiantes, por la vía pacífica, hacia los designios de los futuros pactantes; para conseguir que, el pacto consumado, todo el movimiento de la oposición popular esté dedicado a respaldar a sus integrantes; para asegurar que cuando los pactantes hayan obtenido su (quimérica) victoria puedan gobernar con la aprobación de las fuerzas obreras y estudiantiles, y populares en general. Así que Carrillo quiere ir bastante más allá de lo de poner al movimiento de masas, sin el cual es imposible acabar con la dictadura actual, a remolque de personajes y fuerzas retrógradas y enemigas. Quiere que las masas sean la base, el sostén, de esos personajes una vez encaramados en el Poder.

Para argumentar esa actitud, esa política aberrante, Carrillo dice que "además de la lucha de masas hace falta articular una alternativa política". Por lo que con aparente candor afirmó ante sus atentos oyentes que "debemos ser hombres políticos, no niños, y comprender una cosa: que mientras no exista una alternativa política articulada la lucha de masas por sí sola... no decidirá la cuestión..." ¡Como si los trabajadores fuesen unos ignorantes o unos neófitos! ¡Como si éstos no tuvieran, y no de ahora, su propia alternativa! La que Carrillo propuso y propone ya sabemos cual es: Que los personajes integrados en el "pacto para la libertad" se constituyan en Gobierno (gracias al esfuerzo y al sacrificio de obreros y estudiantes) y que ese gobierno a más de dar una amnistía y establecer las libertades políticas fundamentales, convoque elecciones constituyentes. Lo que está bien lejos de lo que son las aspiraciones de obreros y estudiantes para los que la alternativa es, y no puede ser ninguna otra, la implantación, tras la destrucción revolucionaria de la dictadura fascista, de una nueva República Federativa y Socialista, gobernada, como es natural, por los propios trabajadores. La República abrirá las puertas de todas las prisiones (¿quienes son Ruiz Jiménez y compañía para amnistiar a los revolucionarios?) y sólo en la República gozarán plenamente las masas populares de todas las libertades. Implantada, es decir, constituida la República, se celebrarán elecciones para consolidarla y perfilar mejor su contenido político, social y económico revolucionario, o sea, socialista. No hay otra alternativa aceptable para los trabajadores. Para colmarla tiene que aplicarse una política revolucionaria, no de miserables componendas...

Contra eso Carrillo da otro importante gaje a sus pretendidamente futuros socios, o consocios, en el "pacto para la libertad": El P.C.E., bajo su dirección, seguirá obstaculizando, oponiéndose y sabotando todo intento hecho por otros de organización de la lucha revolucionaria, toda inclinación a emplear métodos violentos en la lucha contra la dictadura fascista, toda decisión de recurrir a la lucha armada. Es comprensible de su parte, pues la alternativa republicana y socialista requiere la acción revolucionaria, mientras que la suya, que perpetuaría el poder del capitalismo reaccionario si llegara a imponerse, implica el pacifismo, la antiviolencia, la política antirrevolucionaria, o abiertamente contrarrevolucionaria. Por eso es muy seguro que el C.E. del P.C.E., al analizar los acontecimientos de noviembre-diciembre ha tenido bien en cuenta (para encontrar las mejores maneras de contrarrestarlo) el espíritu revolucionario que animaba a obreros y estudiantes durante todo el tiempo que duró el consejo de guerra de Burgos. Y que, en consecuencia, aleccionara a los militantes que les son ciegamente disciplinados, que son capaces de obede-

cor a las directivas más absurdas, o que están imbuidos de las tesis carrilistas sobre la antiviolencia, sobre el pacifismo, para que continúen o intensifiquen sus malhadadas actividades. Muy particularmente a los que juegan un papel dirigente en las comisiones obreras o que pueden influir sobre ellas. Sabido es que no pocos de éstos hicieron lo imposible en noviembre-diciembre para disuadir a los trabajadores que querían desarrollar una actividad superior, a los que querían emplear métodos y técnicas de la lucha revolucionaria, a los jóvenes obreros y estudiantes que consideraban necesario organizar y desencadenar a partir de las empresas, de fábricas y talleres, de oficinas y universidades, y en las calles, las acciones prácticas que se imponían en defensa de los revolucionarios vascos juzgados en Burgos, contra el régimen fascista, frente y contra las fuerzas represivas. Para disuadir y para prohibir o impedir por no importa qué medios que los jóvenes obreros y estudiantes puestos en movimiento diéran a sus acciones un carácter y un contenido revolucionario superior. Actitud, la de esos militantes de un "comunismo" mixtificado, atrofiado, que nadie puede negar, pues existen incluso numerosas y sendas declaraciones suyas hechas a corresponsales de la prensa extranjera y fielmente reproducidas, en las que esa especie de bomberos de la revolución exponen y explican ufanamente, vanagloriándose, tales esfuerzos para que el nivel de la lucha no sobrepasara el que convenía e interesaba a la política pacifista y pactista de Carrillo y Cia. Por eso todo el discurso de Carrillo fué enfocado a orientar en el sentido de que esa actividad de freno y obstáculo, de oposición a la verdadera lucha revolucionaria, se continué e intensifique.

Otro gajo importante lo dió el orador hablando de ETA, organización a la que dedicó una buena parte de su discurso. Advirtió muy solemnemente a ETA de que "se encuentra ante una gran opción". ¿Qué opción? En unas largas y farragosas parrafadas, en las que se refirió a imaginarios peligros en que según él se encuentra ETA (entre ellos el de que la derecha burguesa vasca, ¡nada menos!, capitalice sus acciones revolucionarias) acabó diciendo que "si ETA quiere jugar un papel importante en el presente y en lo por venir no tiene otro camino que el seguido por el P.C.E.", es decir, que ETA "tiene que salir de las catacumbas, emerger a la superficie, lograr el contacto con las grandes masas y (o para) movilizar las". Así, dice Carrillo, ETA "se convertirá en un gran movimiento político"... Traducido al lenguaje claro eso quiere decir que ETA debe renunciar a su política de combate específicamente revolucionario, al recurso a la violencia, a la práctica de la lucha armada. Justamente a todo lo que ha hecho de ETA un poderoso movimiento revolucionario, una organización de primer orden; lo que la ha permitido jugar un inmenso papel en el presente y la ha asegurado para jugarlo aún más fuerte en el futuro (a condición de proseguir y acentuar o completar su acción revolucionaria); lo que ha hecho posible que ETA movilizara a las grandes masas (y eso sí que es entrar en contacto con ellas sin "salir de las catacumbas", es decir, manteniéndose en la clandestinidad) no sólo en el País Vasco sino en toda la Península. Y en grandes áreas del mundo antifascista, pues es gracias a la actividad revolucionaria de ETA, a su combate armado, que en numerosos países se movilizaron masas imponentes en solidaridad, no sólo con los revolucionarios vascos, sino con todo el antifascismo hispano. Reclamar a ETA que "emerja a la superficie" no es simplemente idiota: es perfectamente contrarrevolucionario. ETA ha "emergido" (repetimos que sin "salir de las catacumbas", de la clandestinidad) puesto que ha promovido tan inmenso y prolongado movimiento de masas (mundialmente) contra el fascismo español.

Comprendemos que Carrillo y sus colegas no se conformen con lo que han hecho hasta ahora, y desde hace algunos años, para impedir o al menos limitar la progresión de las acciones revolucionarias armadas de ETA. Y que quieran que ETA se convierta en un partido político más, vulgar e inoperante. En eso están desde antes de que la sección vasca del P.C.E.,

consiguiera llegar a un raro pacto con ETA. Decimos raro porque entonces pactaron dos entidades con políticas diametralmente opuestas: El P.C.E., acérrimamente contrario a la lucha armada y ETA, entregada al combate por las armas tras haber surgido como una reacción, plenamente justificada, contra la política pacifista, de convivencia o de reconciliación con las fuerzas enemigas, de los partidos tradicionales del País Vasco.

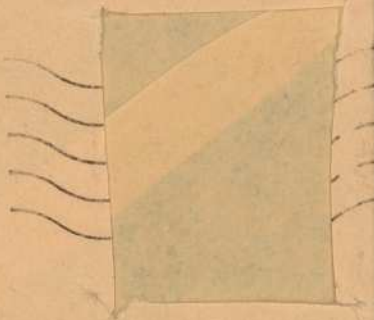
Daremos todavía cabida a algún otro comentario de entre los muchos que conviene hacer al discurso en cuestión.

Carrillo dice que "Por primera vez, a Franco se le han ido de la mano los resortes del mando", que "en el proceso de los acontecimientos Franco ha perdido el control del poder del Estado", que, entre otras, "le han fallado las fuerzas armadas, el Ejército". Conclusión: (de Carrillo) El régimen está deshecho, desarticulado, moribundo. Por tanto, no hay necesidad de extremar la lucha contra él... Conviene puntualizar que Franco no ha sido nunca un ente recluido en El Pardo para cavilar allí a solas y dictar por sí y ante sí la ley cotidiana. Franco encarna un régimen y en su nombre habla y manda en cada momento y situación según las inspiraciones y decisiones de las fuerzas económicas y políticas, capitalistas y reaccionarias, que dan sus estructuras al régimen. La existencia y subsistencia de ese régimen interresa en primer grado a las fuerzas del capitalismo extranjero, reaccionarias e imperialistas. Y éstas también tuvieron siempre, y tienen, su palabra a decir sobre la situación y los problemas de España. Los que inspiran, hablan y deciden, autóctonos o extranjeros, pueden cambiar de una etapa ^o a otra de la vida del régimen. Eso viene pasando así desde Hitler hasta ahora, que tan a fondo interviene en España el imperialismo norteamericano. Y además a Franco no le faltan los mentores (y los "directores de conciencia"), que son una constante exigente e imperativa, como, por ejemplo, los del Vaticano, del que en fin de cuentas el Opus Dei es la mejor expresión en la actualidad española. Las tradiciones que aparecen entre los partidarios del régimen, los encontrados de las partes que se oponen entre sí, sean civiles, eclesiásticas, militares, financieras, etc.etc., no cambian esa realidad. Ni siquiera cuando elementos de esas partes (Ruiz Jiménez, Areilza, etc.) salen de los cuadros del régimen y pasan a formar reservas reaccionarias en la oposición. Teniendo todo eso en cuenta resulta idiotez, o maldad, decir que a Franco se le haya ido nada de las manos. Tiene en ellas lo que tenía antes de lo de Burgos. Y decir que le ha fallado el Ejército, las fuerzas armadas (o sea, hasta la Guardia Civil y la Policía Armada) es además de tonto extremadamente peligroso...

No se puede hablar "del Ejército", de "las fuerzas armadas", generalizando, si no se tienen malas intenciones. El Ejército en tanto que institución (y no digamos las otras fuerzas armadas) no puede ser lavado de sus grandes culpas, no se le puede eximir de sus tremendas responsabilidades. Hizo la guerra al pueblo. Tras masacrarlo lo declaró cautivo. Y ha sostenido al régimen fascista durante más de 30 años. ¡Y de qué manera! Decir que "podemos discutir y acordar con los militares", excepción hecha de algunas raras excepciones, es por lo menos un desafuero...

Claro es que hay oficiales y hasta jefes con los que podemos y debemos dialogar y acordar. Pero no son aquellos a los que Carrillo dedica plácemes y alabanzas. Son los que no estando incurso en responsabilidades justificables y condenables se acercan al pueblo antifascista y a sus organizaciones combativas. Los que adhieren a alguna de esas organizaciones. Los que de una u otra manera participan ya en la lucha por la República. Los que se consideran progresistas y hasta socialistas. Los que son propensos a marchar por alguno de esos caminos. Estos oficiales no son "el Ejército". Están ya unos y llegarán a estar otros contra el actual Ejército de clase y de casta, que necesariamente hay que disolver y dispersar. De esos oficiales sí que hasta se puede decir que encontrarán un puesto digno de ellos en el nuevo Ejército republicano a constituir tras el derrumbamiento del régimen militar fascista...

De los otros... que siga hablando Carrillo...



Monsieur IRUJO

50, rue Singer

P A R I S X V I

FRANCE

EXP:

Boîte Postale 403

ALGER Algérie